

BOGOTA

Août 2011



Collège International
International College
Colegio internacional
Colègio internazionale
College internazionale

“¿QUIÉN HA TOCADO MIS VESTIDOS?”

(Mc. 5, 30)

Carlo y Maria Carla Volpini

El tema de hoy es el versículo: “*¡Levántate!*” un imperativo que Jesús dirige al paralítico pero que de alguna manera resuena en nosotros todas las veces que, por una razón o por otra, en la vida cotidiana decidimos tener una actitud más individualista que altruista, más egoísta que generosa. Pero para llegar a entender la necesidad de contestar a esta invitación, queremos empezar por otro texto evangélico, con el objetivo de reflexionar juntos, para que vivamos sin llegar a ser conscientes de lo que tenemos y de lo que somos. El Evangelio de Marcos (Mc. 5, 25- 34) al que nos referimos, es el del milagro de la mujer hemorroísa, que recordaremos ahora, pero luego nos acompañarán dos imágenes más, un campo de girasoles y un cuadro de una mujer a la ventana, porque alrededor de estas dos imágenes vamos a desarrollar nuestra intervención. Sin embargo, la imagen del milagro relatada en el texto de Marcos se formará de miles de maneras diferentes, en vuestros corazones.

“Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, y había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor, cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la multitud, y tocó su manto. Porque decía: Si tocare tan solamente su manto, seré salva. Y en seguida la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote. Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos? Sus discípulos le dijeron: Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado? Pero él miraba alrededor para ver quién había hecho esto. Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad. Y él le dijo: Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote”. (Mc. 5, 25- 34)

Os presentaremos algunas escenas de vida que pertenecen a nuestras vidas de pareja, os hablaremos de servicio, de iglesia y de ENS, realidades presentes en la historia diaria en la que cada uno de nosotros tiene que poder sentir “*la alegría de trabajar y crecer en comunión con todos los demás y sentirse inundado de tristeza cada vez que, aislándose de los demás, pretende hacer su carrera sólo*”. (d. Tonino Bello)

“Este año los compromisos del quipo fueron tantos que no tenderemos vacaciones. Pero este es el periodo en que, generalmente, salimos con nuestros amigos y con nuestros CE, que llamamos nuestro pret-à-porter, todos juntos en nuestra furgoneta dando vueltas dando vueltas por toda Europa. Cada vez que dejamos Roma en verano, los primeros días de Agosto, las primeras imágenes con que nos encontramos, justo en las afueras de la ciudad, son los campos de girasoles: amplios espacios llenos de estas flores que hablan de pleno verano, el

amarillo brillante de los pétalos que compete con la intensidad de la luz del sol y el cálido botón marrón que retoma los matices de la tierra, los tallos altos, la corola que se yergue derecha, y desafiante hacia el sol como si lanzara un reto a los colores del cielo. A veces, cuando regresamos a finales de Agosto, nos encontramos con los mismos campos, pero entonces los girasoles ya han perdido su esplendor y las corolas de las flores se reclinan y los pétalos marchitos, quemados de ese sol que al final ha ganado el reto. Pero el doblarse de los girasoles no es, como parecería, su fin porque sabemos que con ese doblarse hacia la tierra se ofrece el semente que germina nuevos frutos y nuevas flores. Y este espacio de verano que marca los límites de nuestras vacaciones se parece mucho al repetirse de la vida, a los muchos días en que, como los girasoles, llenos de vitalidad, nos erguimos altos y seguimos seguros en el camino y luego a los muchos días en que, sin embargo, los dolores o las derrotas parecen doblarnos y no nos permiten levantarnos. Pero sabemos que también en esos días, justo cuando experimentamos nuestra impotencia, la vida sigue expresándose y nosotros seguimos madurando, creciendo, "llegando a ser". De las ventanillas de nuestra furgoneta que corre por las carreteras de Europa, vemos pasar diferentes panoramas y parece realmente que estemos en un museo al aire libre. Nos acordamos de un cuadro de Dalí que hemos visto en Madrid "Muchacha en la ventana" (1925), un cuadro muy diferente de los de este artista que estamos acostumbrados a ver, tan ecléctico y anticonformista. De hecho, los colores de este cuadro son tenues, gris- azules, la muchacha del cuadro está pintada de espaldas, de pies, que se apoya en el antepecho con la mirada perdida hacia el horizonte: su inmovilidad nos hace pensar en mirar de una ventana sin realmente percibir la vida que pasa. A lo mejor espera algo o alguien que pueda despertar en ella el sentido de vivir y la alegría de estar, una espera quizás herida, una espera quizás demasiado larga, justo cómo es posible sentirse algunas veces, cuando parece que nada tenga sentido y nada parezca dar alegría de vivir, cuando se vive a la espera de que alguien venga hacia nosotros, a la espera de un gesto, de un toque que despierte nuestras emociones".

Quizás la vida sea realmente solo una espera continua, espera de un evento pero también de una palabra o de un pequeño gesto, nuestra vida se desenvuelve en la espera, es decir en el proyectar, esperar, creer que lo que esperamos vendrá. También la fe es una grande espera: espera de Él y de Su Reino que vendrá. Pero la espera del Reino, de Él, no prevé que nos quedemos parados, estáticos, sino que tejamos nuestras pequeñas esperas y sobretodo contestar a las pequeñas esperas de los demás. Como creyentes se nos llama a algo que es mucho más de un simple satisfacer el deseo de un hijo, del cónyuge o de un amigo: se nos llama a nutrir la vida de todos los que amamos y encontramos, incluso si estos son desconocidos, a través de nuevas maneras, palabras, miradas, gestos que adquieren el significado de una pequeña esperanza que se realiza, de un encuentro que vuelve a restablecerse, de una espera que se llena.

La vida se alimenta de esperanza, pero esperanza y esperas solo son posibles cuando se tiene tanta confianza como para superar cada duda y miedo. Esto es lo que Jesús hizo continuamente en su vida de hombre: devolvió esperanza, hizo lo que la confianza renaciera, llenó esperas: Él no solo habló, dijo, proclamó, sino que también estableció contactos, relaciones únicas, individuales, específicas, encontró el "tu" de los hombres y de las mujeres que le esperaban y fue hacia ese "tu", se agachó hacia ese "tu", ese tu volvió a levantar e introdujo el encuentro con Dios.

Dios nos llamó a existir, pero es el encuentro con él en la profundidad de nuestras necesidades y de nuestras esperas que nos dona la vida día tras día. Dios nos ha llamado, cada uno de nosotros ha sido llamado por nombre por el Padre,

para que entráramos en la vida, pero solo a través del encuentro con los demás podemos “llegar a ser”: llegar a ser hombres, mujeres, hermanos, cónyuges, hijos, padres, amigos. Es tiempo que comprendamos que nuestras reflexiones sobre la escucha de la Palabra, no pueden quedarse solo escucha, y si esa escucha no se hace encuentro, si esa Palabra no se hace relación, nuestra escucha es incumplida y será la espera del Señor la que nunca se llenará. Nos quedaremos a la ventana de la vida, como la muchacha del cuadro que Dalí, para ver cómo pasan las cosas, las personas, las situaciones sin poder “entrar” en las cosas, en las personas, en las situaciones y a lo mejor al final nos daremos cuenta de que no hemos vivido. Nos quedaremos a la ventana viendo pasar las historias de los hombres y la Historia de la humanidad sin poder entrar en las historias de los hombres y en la Historia de la humanidad, y a lo mejor al final nos daremos cuenta de que nuestra historia de vida necesitaba para realizarse, las historias de los demás.

Cuando Jesús cura a la mujer que llevaba muchos años padeciendo de hemorragia, no contesta a una petición de ella, en efecto, en el texto evangélico no hay ninguna pregunta u oración. Jesús contesta al contacto que esta mujer quiso realizar y es justo en ese momento cuando la mujer se recupera, es la fuerza de su creer en el valor de un contacto lo que hace que Jesús diga: *“¿Quién ha tocado mis vestidos?”*. Esto es un milagro bastante raro, atípico y, de hecho, la cura sucede independientemente de la voluntad de Jesús, casi se le arranca y en efecto es la mujer la que piensa: *“Si tocare tan solamente su manto, seré salva”*, y así sucede. Podríamos interpretar en sentido casi mágico y supersticioso este deseo de la mujer que cree tanto en la fuerza de un contacto, pero las siguientes palabras de Jesús *“¿Quién ha tocado mis vestidos?”* nos quitan cualquier duda. De hecho, Jesús se siente *“tocado”* y seguro no porque alguien en la muchedumbre que le rodea ha rozado su ropa, los mismos discípulos no entienden: *“Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado?”*. Los discípulos, como siempre, no entienden que Jesús se refería a otro tipo de contacto: la mujer toca a Jesús en el corazón porque ella ha puesto en ese pequeño gesto concreto toda la fuerza de sus creencias: su fe se hizo gesto, se hizo encuentro, se hizo relación.

A lo mejor nuestra condición de vida, nuestra realidad de hombres y mujeres casados en el amor y por amor, nos hace particularmente “expertos” en el significado de un encuentro que llega hasta el corazón, de un gesto que nos “toca” en el profundo y que nos despierta a la vida, cuando el alma está herida o enferma de silencio. Ciertamente es que la repetición de las costumbres cotidianas, de los horarios de trabajo, de los compromisos de cada día, de las pequeñas acciones que marcan el ritmo de nuestro vivir por una parte nos ofrecen seguridad y estabilidad, sin embargo por la otra podrían hacernos deslizar hacia una repetición que quita el sabor de la novedad, el gusto del imprevisto, la pequeña emoción que nos hace vibrar en el profundo. Entonces esos gestos imperceptibles como rozar la túnica de Jesús de la mujer en la muchedumbre que lo seguía, se convierten en alimento para la vida y nutrición para el corazón, nos hacen estremecer el corazón y decir con Jesús *“¿Quién ha tocado mis vestidos?”*.

“Era domingo y celebrábamos el aniversario de nuestro matrimonio, hubiera tenido que haber una atmósfera de fiesta, pero el día había empezado mal y no conseguíamos vivirlo con serenidad, cansados, nerviosos, irritables, nos decíamos pocas palabras sin el gusto conocido y amado de un idioma dolo nuestro y, en la cocina, el café no tenía nada a que ver con nuestro café “teológico y conyugal” del que nos gusta disfrutar recién despertados, el café de ese día solo tenía sabor a...café, pero no tenía el perfumen de nuestras esperanzas y de nuestros ideales, no tenía el gusto de las sonrisas que no hemos regalados en muchos años o de los

gestos de entendimiento dados en lugares donde había mucha gente y confusión, no nos daba el aroma de los abrazos después de las peleas, de las miradas que hablan de una paz renovada, de los apretones de mano para transmitirnos amor, conforto, protección, solidaridad. En silencio pasaban las horas de ese día que tenía que ser un poco especial, con los mismos sentimientos de la "Muchacha a la ventana": aislamiento, soledad y lejanía. Después de unas horas, salimos juntos para recoger unos dulces para la pequeña fiesta de esa tarde que organizamos con los familiares y algunos amigos, pero la idea de la fiesta no nos parecía bien porque no había serenidad entre nosotros. Después de haber puesto los dulces y los refrescos en el coche, nos acordamos de que habíamos pedido un aperitivo y también un pequeño sándwich: "¿Cómo lo quieres?" "No, para mi nada, es casi hora de almorzar, pídelo tú solo...". Lo pedí, he empezado a comerlo hasta el centro y luego, sonriendo, te lo ofrecí justo en su parte central, la más rica y gustosa: y este fue el gesto que nos volvió a abrir el corazón, capaz de hacernos reencontrar nuestro idioma y de transformar el día dándole una nueva luz. De hecho, desde siempre, este pequeño gesto acompaña nuestras pequeñas complicidades, las de un amor nacido fuerte y prepotente como solo puede ser un amor a veinte años. Quizás fuera la primera o segunda vez que salíamos juntos, en Dios sabe cuál bar de Roma, al final del entrenamiento de baloncesto donde yo era el maestro y tú la alumna, empezábamos a conocernos despacito y a tejer en nuestras vidas esas tramas sutiles e indelebles que hacen la historia de cada pareja. Ya desde hace esas primeras veces, tu nunca pedía un sándwich para ti, te gustaba esperar que yo llegara casi hasta el centro, para luego pedirme un trocito, decías que era mucho más bonito comer un poco del mío y ese gesto se ha repetido decenas y decenas de veces durante nuestra vida, adquiriendo un significado de intimidad que supera de mucho la banalidad del acto. Nos echamos a reír pero de verdad no pensábamos que ese pequeño gesto nos habría devuelto la sonrisa el día de nuestro aniversario de bodas, que ese pequeño gesto de dividir el corazón de un pequeño sándwich podría tener la fuerza de llegar a nuestro corazón, da hacer que naciera una emoción profunda, de hacernos sentir que "¡alguien nos había tocado los vestidos!"

Los girasoles del campo con los que nos encontramos cada verano tan altos y fuertes, con colores brillantes, tallos enérgicos, compactos en la muchedumbre, nos hacen pensar en esa juventud que todavía somos capaces de sentir en el corazón cuando conseguimos sentir las mismas emociones de entonces, cuando conseguimos entusiasmarnos por un proyecto nuevo, pero también de rebelarnos con fuerza a todo lo que nos parece ser fruto de injusticia y desconocimiento de la vida. Intentamos transmitir a nuestros hijos esa fuerza incontenible de la juventud que nuestro tiempo nos ha donado, incontenible en su deseo de cambiar el mundo, pero esta generación de jóvenes parece ser doblada en si misma por los muchos problemas sociales irresueltos y por un futuro que a muchos parece incierto y oscuro.

"Hemos vivido los años apasionantes del concilio y en esos años nuestra fe ha llegado a ser no sólo la fe transmitida por los padres sino que, finalmente, nuestra elección consciente. Hemos creído, en esos años, en la realidad de una iglesia diferente, una iglesia pobre capaz de hablar con los pobres y de acogerlos, una iglesia misericordiosa que conociera para todos los hombres solo palabras de acogida y de perdón, una iglesia capaz de un verdadero dialogo con todos los hombres del mundo, hijos de un único Padre, sin poner recintos y empalizadas.

Hemos creído, hemos luchado, hemos reído y hemos llorado, hemos esperado con fuerza y con fuerza hemos creído que el mensaje de la Buena Nueva pudiera hacerse realmente verdad vivida y compartida, la nuestra. Luego los

eventos, las situaciones, los hechos de la historia que hemos vivido nos han llevado un poco lejos de nuestro sueños. A veces sí, nos sentimos fuertes y seguros como los girasoles de verano, otras, sin embargo, nos encontraremos a la ventana” como la muchacha del cuadro, a ver lo que pasa y sentimos el peso de las cosas que nos parecen todavía incumplidas: la paz en el mundo es cada vez más frágil e incierta, las contradicciones de la política que generan hambre y pobreza, la fe que todavía, en algunas circunstancias y momentos, se parece más a una religión hecha de ritos y leyes, el bien y la salvaguarda del creado de las que la mayoría se olvida.

Vuelve la imagen de la muchacha a la ventana del cuadro de Dalí y nosotros, a veces, somos ella: dejamos que la vida pase y nos arrastre en su fluir, incapaces de ser de ella protagonistas vivos, incapaces de creer en el futuro, incapaces de esperar. Miramos con el deseo de cerrar incluso esos cristales para anidarnos en los muros protectores de casa. ¿Quién sabe si también ese mirar, ese sentirse y declararse impotentes es un gesto de fe, si ese silencio es también un grito, si esa pobreza interior es deseo de Dios que no encuentra palabras para expresarse? Nos quedaremos a las ventanas cuando, sin embargo, se nos dice cada vez más de hacernos testigos de novedad, de encontrar nuevas formas de diálogo, nuevas palabras, nuevos gestos, nuevas maneras de encontrarnos porque solo así la fe se podrá testimoniar y no simplemente transmitir. Se vivirá en las relaciones y no se enseñará simplemente, se hará de gestos y de carne y no solo de oraciones repetidas. Se nos pide que encontremos esas maneras y formas que llegan al corazón, que hacen que nazcan emociones, revelaciones de una fe por la que el otro pueda decir como Jesús: “¿Quién ha tocado mis vestidos?”.

Perdónanos Señor cuando nos quedamos a la ventana de la vida porque decimos que los hijos, el cónyuge, un amigo, los eventos nos decepcionan, perdónanos porque si decimos así Te decepcionamos a Ti, no hemos reconocido en ellos tu petición de acoger cada soberbia, incluso la que nos hace sufrir más, porque incluso ahí Tu resides. “¿Quién ha tocado mis vestidos?” Tu voz resuena en nosotros y se hace deseo de rebuscar nuevos caminos que puedan volver a abrir el corazón de la confianza perdida. “¿Quién ha tocado mis vestidos?” Y otra vez es evidente nuestra responsabilidad de “dar” vida en cada momento, y entonces volvemos a buscar las palabras y los gestos que nos permiten retomar el camino con una nueva esperanza”.

Los girasoles que, alegres y joviales, marcan el inicio de nuestro viaje, parecen, en su multitud recordarnos que ningún sentido de la vida se puede encontrar en la soledad e individualismo. Los girasoles se acercan uno a otro, se tocan sin confundirse, se sostienen para no doblarse. Como si quisieran enseñarnos que cualquier situación humana necesita ser compartida: la relación entre cónyuges, el vivir social, la comunidad en la iglesia, el amistad entre equipistas, la colegialidad del servicio.

La palabra de Dios que nos ha llamado a existir es una palabra que se renueva continuamente en los días de nuestro vivir y nos invita a “llegar a ser” pero según Dios “llegar a ser” es salirse de uno mismo para encontrar al otro, tal y como Dios mismo, haciéndose hombre, ha salido de su divinidad para encontrarnos en nuestra humanidad.

Llegar a ser es un proceso que se necesita conquistar día a día, etapa a etapa, paso a paso, hasta que tengamos plena consciencia de que solo a través de del servicio podremos alcanzar la plenitud de nosotros mismos como hombres y mujeres. El tiempo de la niñez y de la adolescencia inevitablemente es un tiempo que dedicamos al servicio de nosotros mismos, nos dedicamos a obtener cosas para nosotros mismos y a hacer proyectos en que somos actores únicos y protagonistas.

Si eso se realiza es porque los demás, padres, maestros, amigos nos dedican su tiempo, gastan para nosotros su energía: y quizás esta sea una etapa necesaria para adquirir esa confianza, esa seguridad de ser amados y, así, importantes para alguien, al centro de la vida. Pero el fluir de la vida exige una apertura capaz de dejar pasar lo que recibimos para que llegue a los demás, el fluir de la vida exige que no cerremos los horizontes de los proyectos en los límites de nuestro yo, el fluir de la vida exige la capacidad de no erigir barreras, de no levantar muros para defender nuestro yo y nuestros intereses para ser, en cambio, capaces de abatir cada obstáculo y de ampliar los espacios del cielo y de la tierra alrededor de nuestro espacio de vida. Cuando y si, incluso como adultos, seguimos cultivando nuestros pequeños ídolos que ya no tiene el nombre de juguetes sino que de las cosas por poseer, carreras por hacer, casas por comprar, tiempo por gastar para acumular en realidad seguimos siendo niños en la vida y en la fe y, cierto es, no en sentido evangélico, porque seguimos poniendo nuestro yo al centro de nuestros pensamientos. Esto impide el fluir armónico y constructivo de la vida, pero también impide el construirse del Reino de Dios. No tenemos que quedarnos adultos-niños y tenemos que ser capaces de compartir todo el patrimonio de dones recibidos, obviamente no solo en sentido material, llegar a ser capaces de ponerse en el mundo con la actitud de servir, de dedicarse “a” y, por supuesto, no a nosotros, como hacíamos de adolescentes, sino que a las personas sabiendo que ponerse al servicio de los demás, en las diferentes modalidades que se forman día tras día, puede tener el significado de un servicio a la vida.

Hoy para nosotros y vosotros, servir la vida también tiene el aspecto y la forma del Servicio de Responsables a lo que se os ha llamado y qua habéis elegido porque a través de vuestro servicio, vuestra dedicación a las parejas que se os han encargado, haréis llegar la atención, la cura, el compartir, la ternura de Dios a cada una de ellas. No creáis que todo sea simple y automático: el servicio no es una actividad organizativa que necesita calendarios de trabajo, programación de días, envío de cartas y llamadas por teléfono, más bien se trata de pensar en una dimensión de servicio vivido y testimoniado como servicio a la vida.

Según nosotros esto se realiza en grados progresivos:

- Al inicio solo hay un simple “aceptar” más o menos consciente de lo que haremos, acompañado por dudas y perplejidades sobre nuestras capacidades pero también por ideas y proyectos por realizar
- Sucesivamente un “entender” hecho de encuentros con las personas, de reflexiones en las cosas, de conocimientos de las situaciones, de hipótesis de trabajo según las necesidades, de peticiones de las necesidades que emergen.
- Finalmente un “tomar parte” en el sentido de comprometerse con las personas y situaciones, un entrar dentro de las cosas y de las personas para compartir con ellas, para hacerse uno junto a ellos, cuando también las oraciones se harán coparticipación profunda de las necesidades de los demás.

También el servicio se Responsables, a todos los niveles de responsabilidad, es un camino, así como todo es camino en la vida, un recorrido por emprender acogiendo el don que se nos hizo para hacernos un poco más adultos como hombres y como cristianos, renunciando a evaluar las cosas solo con la visión de

mi yo niño, *aprendiendo a amar nuestra obra no en el proyecto o en el dibujo definido, que a lo mejor nunca se realizará, pero en su limitado nacer día a día.*¹

Se hace fundamental que este recorrido sea acogido y vivido por los que ejercen una responsabilidad y cuanto más alto sea el grado del servicio al que se nos llama, más fuerte es el compromiso que se tiene que poner en una formación permanente que, a partir de las oraciones y del método, nos permita luego de *abrirnos a los demás, para los demás, con los demás...*

- *Abrirse a los demás* de vuestro puesto de observación significa darse cuenta de las exigencias y necesidades que manifiestan las parejas de vuestras Regiones y Súper Regiones e intentar dirigir recorridos de investigación y de ahondamiento en estos ámbitos.
- *Abrirse para los demás*, de R de Región y S. Región, significa poner a un lado los objetivos personales, a lo mejor establecidos en papel y en abstracto, para hacer del servicio un intento de contestar a los objetivos reales de las parejas, olvidar los programas personales construidos en teoría para intentar dar vida a propuestas concretas y adecuadas a las verdaderas urgencias expresadas por las parejas de hoy.
- *Abrirse con los demás* significa no dejarse caer en la tentación de hacer solos, en la presunción de entender solos, en la obstinación de decidir solos, sino que saber implicar y dejarse implicar por la presencia significativa de otras parejas, en particular de las que con nosotros trabajan en los equipos de Región y S. Región, por lo tanto vivir plenamente la colegialidad.

Según nosotros el sentido del servicio se encuentra en este recorrido:

- *Interiorizar la palabra*
- *Expandir la vida*
- *Compartir lo cotidiano*

Los girasoles que se elevan altos hacia el cielo en un día de verano, nos hacen pensar en la fuerza de la vida que siempre se expresa, pese a roso, incluso cuando sombras oscuras se espesan llenando nuestros ánimos de miedo. Nos regalan alegría con sus colores, nos regalan seguridad con su fuerza, nos regalan solidaridad con su densidad. A la alegría se acompaña la esperanza a la que, de todas formas, siempre cuesta poner raíces en nuestros corazones, no por su precariedad sino que para nuestra fragilidad: hace falta muy poco para turbarnos, para hacernos perder fuerza en los que hacemos, para que nuestros objetivos sean menos firmes, hace falta muy poco para hacernos desear estar a la ventana a ver lo que pasa fuera, sin sentirnos implicados y protagonistas de la historia que en cualquier caso se hace con nuestras presencias pero también con nuestras ausencias.

Por suerte siempre hay alguien que nos llama a la necesidad de un compromiso diferente, que nos despierta de nuestro torpor, que sostiene nuestros cansancios, que nos *“toca los vestidos”* y hace renacer en nosotros emociones fuertes y nuevas.

Como creyentes tenemos la obligación de hacer viva en el tiempo presente nuestra fe, aprendiendo a *“reconocer el hoy de Dios”* porque la Palabra de Dios que

¹ De Benedetti, *La morte di Mosé*, Bompiani, Milano.

se encarna y se expresa a través de la historia y de la existencia de los hombres, puede hacerse pregunta y súplica, como nos testimonian los salmos, puede hacerse aceptación consciente, como revela el “sí” de María, puede hacerse imprecación y rebelión, como grita Job, puede hacerse duda, como manifiesta el Qoélet, pero de todas formas nuestra fe tiene que enfrentarse a esta historia y nadie entre nosotros puede quedarse “ a la ventana”.

“Reconocer el hoy de Dios”, al que ya Papa Juan XXIII nos llamaba con firmeza y al que la Iglesia nos invita continuamente es “ponerse a la escucha de la cultura de nuestro mundo, es ponerse a la escucha de las esperas más íntimas de nuestros hermanos, tomar en serio sus deseos y afanes, intentar entender que es lo que hace arder sus corazones y los que, sin embargo, suscita en ellos miedos y desconfianzas, para hacernos servos de su alegría y esperanza”². Reconocer el hoy de Dios exige un compromiso de autenticidad, estar dispuestos en invertir con generosidad nuestras energías porque el camino de la búsqueda de la Verdad se recorra en la consciencia que la Verdad habita solo los espacios de la Libertas; reconocer el hoy de Dios nos exige un compromiso de *proximidad*, es decir estar dispuestos en buscar continuamente el encuentro con el otro, para construir en la sociedad, y aún más en la iglesia y en nuestro Movimiento, una paz fundada en la tolerancia contra cada forma de esquematismo de pensamiento, en la solidaridad contra cada forma de egoísmo, en la búsqueda del sentido más profundo del vivir contra cada forma de superficialidad.

Muchos de vosotros no estarán presentes al encuentro nacional de Colombia, en ese ámbito nos enfrentaremos al tema de la crisis de la familia y del matrimonio y de los desafíos que nos esperan. Por eso ahora queremos referir unos pensamientos que vamos a expresar en ese contexto porque nos conciernen a todos y aún más a vosotros Responsables, en el ejercicio de vuestro servicio. Son las conclusiones del encuentro de Massabielle en 2007, cuando en ocasión del 60 aniversario de la Carta, todas las parejas y los CE que han desempeñado un servicio de responsabilidad internacional en ERI se han reunido para confrontarse y hacer una verificación profunda.³

- **La conclusión principal es la que sigue:** *el Movimiento tiene que insistir para que las parejas, fuertes en su espiritualidad conyugal y sostenidas por sus equipos, se comprometan en la nueva evangelización, tanto en una acción pastoral, es decir en las organizaciones de la sociedad civil, cuanto en los nuevos ámbitos de nuestro tiempo (política, sindicatos, asociaciones de padres, asociaciones de familias, de vecinos, etcétera...) llegando a ser levadura en la masa.*

Ya no es suficiente participar a la pastoral de la Iglesia; es necesario que los cristianos participen activamente a las organizaciones de la sociedad civil aportando la influencia de los valores del Evangelio con creatividad, nuevo coraje, nuevo idioma, nuevas maneras.

- **Las respuestas a las nuevas realidades:** *se presentan diferentes situaciones: parejas de cohabitantes, parejas de divorciados que se han vuelto a casar, divorciados solos, familias monoparentales, etcétera. Es*

² Revista “Il Regno”, n.13 , ed.Dehoniani, Bologna,2001

³ Cf: dossier «Conclusion Rencontre Massabielle, 60° anniversaire de la Charte » 8 décembre 2007

necesario animar las parejas Ens para que ayuden las personas que viven en esas situaciones [...], y reflexionen para dar respuestas a estas nuevas necesidades. Es muy importante dar a las personas que viven estas situaciones una mirada de esperanza y misericordia, acogerlas y ayudarlas.

- **Evangelización de la sexualidad-** Padre Caffarel expresaba su preocupación en propósito. Es esencial que el Movimiento siga ocupándose de este tema en todas sus dimensiones: antropológica, espiritual, comportamental, pastoral, teológica etcétera, animando los equipistas para que estudien y reflexionen sobre este tema.
- **Investigación:** frente a las grandes transformaciones sociales, se ha propuesto que el Movimiento organice y anime sus miembros para que participen en le ahondamiento y a la investigación teológica y antropológica en los siguientes ámbitos: el sacramento del matrimonio, la pedagogía y la mística del Movimiento, la moral de la sexualidad humana.
- **Finalmente:** el Movimiento tiene que animar con fuerza a todos sus miembros para que sean cristianos activos y comprometidos en la pastoral de la Iglesia, sobretudo en la pastoral familiar, así como en otras organizaciones de la sociedad civil (ONG, políticas, asociaciones de padres y familias, profesionales etcétera) de manera de influir en la vida de estas organizaciones gracias a los valores del Evangelio con creatividad, nuevo entusiasmo, nuevo idioma, nuevos medios.

Los ENS cada vez más en estos últimos años, respetado en el profundo la fidelidad a su carisma, invitan hacia una espiritualidad encarnada, hacia un ser cónyuges que no se extinga en el espacio del amor de los dos sino que de aquí tome la fuerza para llegar a ser en el mundo espacio de fecundidad, nos invita a sentir como exigencia prioritaria de la formación y del testimonio de la fe el llegar a ser “*personas activas en un Movimiento activo*”, en las maneras y formas que cada una podrá elegir para sí mismo, personas capaces de ponerse al servicio como vosotros estáis aquí hoy, personas activas que no se quedan “a la ventana” más del tiempo necesario para llenarse los ojos con las maravillas del creado, más del tiempo necesario para buscar en el silencio la escucha de las voces más débiles, más del tiempo necesario para librar las manos y el corazón de cada peso superfluo, para estar listos a hacer el gesto, la caricia, el abrazo, que hace sí que el otro diga, como Jesús “*¿quién me ha tocado los vestidos?*”

¡Levántate! Dice Jesús al enfermo tendido en la camilla, *¡Levántate!* dice a cada uno de nosotros, especialmente a nosotros que hemos acogido su llamada al servicio para los demás en nuestro Movimiento.

Si nos ponemos de pie, alrededor de nosotros en nuestros Países, en nuestras familias, entre las parejas que están en nuestras Regiones y S. Regiones, inmediatamente encontraremos a Jesús que nos pide solidaridad para todas las situaciones de cansancio y de necesidad, para los pobres, los enfermos y los parados, encontraremos a Jesús que nos pide justicia y que compartamos el derecho y la dignidad de todos los hombres, incluso de los que no tienen voz para

gritar, encontraremos a Jesús que nos pide misericordia y acogida para todos los que sufren de soledad y marginación para sus amores enfermos, sus matrimonios acabados, sus relaciones no reconocidas. Si no escuchamos su invitación, si no nos ponemos de pie, será contestar “no” a las preguntas de Jesús.

Levinas dice que la fe es decir “aquí estoy” más que “yo creo” y por eso es impulso generoso y lleno de confianza en el futuro, haciendo un hueco en la cortina de humo y de miedo que puede envolvernos. El servicio es transformar el yo creo en el aquí estoy porque el Señor nos haga transparentes a su acción y alcance a los demás también a través de nosotros. El servicio es transformar el yo creo en el aquí estoy, para no dejar nuestra fe en la dimensión de una espiritualidad que no sabe hacerse corporeidad, que no sabe buscar el encuentro, que no sabe establecer relaciones.

Si en nuestro servicio de Responsables nos limitáramos a vivir solo los dos niveles “aceptar y entender”, de los que hemos hablado antes, quizás esto solo sea un quedarse en la ventana, un mirar desde lejos las cosas y las personas, un permanecer lejanos, en cambio si conseguimos tomar parte, compartir las diferentes situaciones de vida, implicarnos con el corazón en lo que hacemos, cumplir gestos que llegan al corazón del otro, alguien podrá decir como Jesús. “¿Quién me ha tocado los vestidos?” y conocer, a través de nosotros, la ternura de Dios.